"APRENDER A ESCRIBIR" de Alone

22.1.56

por Magdalena PETIT

L encabezar la Colección Babel, este pequeño volumen, significa para sus hermanos literarios una disposición: es, en verdad, como podía esperarse un gran libro. Los buenos perfumes, según el dicho francés, vienen en cajas chicas. Se reconfirma al leer ésta, la gran inmediatez exhala olor a rara distinción.

Doce breves capítulos, como flores reunidas por la armonía de sus colores y aromas, nos destilan gota a gota, la substantesencia del pensamiento de Alone. Y surge "el misterio de escribir", desde la original lección del que, sin cátedra, es maestro escuchado por todos los que no van a clases obligadas, sino en busca de una enseñanza que sentan auténtica. Con más honda vocación artística que otro ninguno, él es un Elegido, entre los muchos llamados al Templo de las Letras. Y si un escrupuloso biógrafo buscara título conveniente a una "Vida" suya, debería llamarla sin vacilaciones: "Historia de una Vocación": todo él, en efecto, es vocación. Cuando nos habla amasa onamente de un Sainte Beuve, un Flaubert, o de Proust y los Goncourt, lo hace como quien viera reflejada la propia imagen en el espejo de aquellas atareadas existencias que se consagraron con fervor a la Literatura. Esta vocación se trasluce hasta en el hecho de su amor al libro material, como objeto mismo.

Al prestarle uno, en cierta ocasión, le ofrecí envolvérselo. "No —me contestó con sonrisa de inacostumbrada ternura, apretándolo contra sí, como el que va del brazo con la mujer amada— no, me gusta llevarlo así". Recordé, entonces, una frase del amigo común, Eduardo Solar: "El verdadero amor de Hernán Díaz es la Literatura". Así es, ama la litera' -a: la ama, convencido de haber escogido la mejor parte. Esta parte mejor... han tratado bastante de estorbársela. Va a ser muy difícil, ahora, seguir aseptando de sí es o no escritor; de si es autor o crítico... crítico "resonable". Este pequeño gran libro contesta definitivamente a los más ciegos, si es que ciegos fueron y habrá de acallar a los intrigantes augures para quienes el consejo: "calumniad, calumniad, siempre quedará algo" es norma de conducta. pero que trae chascos en el abuso.

Llegado al pináculo de la fama —y lo sabe, a pesar de haber estado convencerse de oídas es— Alone no ha tenido más que juntar hojas dispersas para brindarnos el más ameno de los tratados de estética; había escrito artículos que, sin imaginarlo, eran ya las páginas de un todo. las de la propia filosofía en torno al arte de escribir.

El primero de éstos, que da título al libro, constituye la más preciosa lección para un novicio —ampliada en otro: "Matar su alma"—. ¡Qué lejos estamos del dómine infatuado, dejando caer sus palabras desde lo alto! Es un amigo, el que habla. Recuerda, en la desnuda verdad de su ingenuo desamparo, las primeras experiencias; esas mismas y parecidas experiencias que han de afrontar todos los que se inician, pudiendo contaste el temido incauto su porvenir. Celebra y maestros. años-de por el que no los tuvo no hacían falta, sino lo contrario. La mejor manera de formarse, cuando de veras desamos aprender, es la del autodidacta. Por otra parte, no debe desanimar el tono consejo de un malévolo, si contesta al joven ambelante, que es un malajero sin talento y lo mejor es abandonar sus pretensiones literarias; ni tampoco se tomara en cuenta, por sus títulos al tanto que adviertа con pedantería: "si trabaja bien y evita los relativos innecesarios alcanzará sin gran pena a escribir". El distintivo humorismo del que recuerda estas experiencias personales le da especial sabor a la anécdota.

¡Existía, sí, la palabra "escritar"! Sin embargo, no volvió muchas veces el futuro Alone, donde el doctor Briones. Sobrábale instinto, por cierto.

No ha sufrido —constata, irónico— la enfermedad profesional de la gente de letras: lecciones, técnicas para ahorrar trabajo, ha debido estar alerta observándose para saber quién es, cómo funcionan sus resortes internos, a fin de "tocar los que son precisos para escribir y no tocar los que estorban la escritura". Ejercicio, creemos, que es la gran tarea, la más apasionante de todas, y no concluye nunca. Esto, frente a sí mismo. Puesto ante el público, la verdad, esa verdad que tanto respeta Alone, y es como zócalo firme de una personalidad auténtica. Pero no hay cuenta que las palabras con que explico esto no son las que convienen. Decir que "lamenta" da a entender algo distinto de lo que realmente traslucen las del propio Alone y en las que asoma su sonrisa sardónica, ese como frotarse las manos de que ha hecho una jugarreta —que tan bien revela el rostro maligno de Bernard Shaw— Vamos, pues, a parafrasear. a pesar de faltarnos un poco el espacio: "Sería hermoso —dice— y, sobre todo, honorable —¡cuánta picardía en este epítelo!— haber sentido eso con obra tan sagrada y consagrada; pero, —¿qué hemos de hacer?— no hemos sentido. Condénenme, proscribanme, injurienme. No importa. La verdad ante todo". Bueno, pues que se note ahora la diferencia. Todo el capítulo es del más brillante humor, de o mejor que nos ha dado. Comparar las grandes obras a las plazas públicas, decir que no puede comprender que alguien se sfente en la Plaza de Armas a pensar que "El Quijote" se halla a plena luz, "está recorrido por caravanas", que cuando se le pide sinceridad, siempre hay gente en la antesala y curiosos... Luego, el juicio severo: falta, para juzgarlo, la libertad, sin la cual no hay crítica. Pensamiento fecundo. Y, entre serio y burlón, prosigue: "Las obras maestras representan la autoridad en la república literaria. Imponen orden y unen, sin duda, a los seres más distantes, como el latín en la Edad Media; pero los unen por fuerza, para un objeto dado. Son tan convencionales, en un aspecto, como los mismos aniversarios, fechas en que, a un tanfido de trompetas, debemos tener levantarse de su asiento, dejar sus ocupaciones y saludar a alguien, aunque no haya motivo. Bien, muy bien: hagámlo; vayan a ver esa pieza, vayan a pararen en la danza Yo no tengo ganas..."

Qué decir del admirable parsielo entre el Chileno Alone y el español Azorín, admirado y más accesible Gil Blas. Le sirve para dar las razones de esta falta de ganas Lanzado a todo exquisita una especie de fuga a dos voces, que suben y bajan, serpeándose. termina: "El Cid habl'ero mas sobre unas cosas, pero nunca aquel discurso imborrable sobre las armas y las letras, paradigma inmortal de la elocuencia noble: el trotacaminos de señor —se refiere— se atreve a decir la verdad, tan exigida, al Arzobispo de Granada y ove la respuesta que desde el Olimpo habría podido siempre, por boca de los autores, los críticos ingenuos". Subrayamos lo que equivale a una firma implícita. ¿Que le parecía al Quijote? Haber sido manejado y exhibido como esos elefantes "que uno querría volver a salver en la selva para verlos libres y admirarlos y temerlos, lejos de sus domadores". Siempre, como vemos, la intercalación original, expresada con metáforas curiosas y un deseaje ácil, risueño, bien poco corriente, aunque tan sencillo. A este enamorado de las letras le pasa como a la dama que le ofrecen A este investigador, le molesta que "a don Quijote no es posible descubrirle". Le habría gustado oir a Quijote y un Sancho "explorables", intactos y frescos, delante de nosotros. sin trompetas previas" vistos sin impresiones que brotan del pensamiento personal e inalienable. son los aciertos de la lengua "alonesan" como dirían los que gastan de esta correría en adjetivo que a mí me desagrada Aunque sorpresivos, nunca chocan y si siquiera nos detienen cesación sin estridencias, aparecen como naturales. algo casi conocido de todos modos adecuado: tan natural y adotado, que uno juzga de largo llevado por el encanto de un alegre bienestar inexplicado Es al releer que advertimos la novedad. Y celebramos, aquí, no estar en Plaza Pública, temor el goce de "explorar". La juventud que desee aventurarse por los caminos de Alone no saldrá defraudada si adopta su propia manera de ir al encuentra de las Bellas Letras. Al parielo entre los dos personajes de novela famosos, será interesante agregarle otro, el que hace sobre las figuras cumbres de Goethe y Beethoven, al comentar una de las "Causeries du Lundi" en la que su admirado colega Sainte Beuve se refiere a las "Cartas de Goethe y de Bettina". Ves dice Alone: "Ahí está el Jupiter Olímpico en toda su majestad. noble, digno, sereno, glorioso, raffiante, de amplitud, benevolencia y de cima del mundo. Y frío. Si indudablemente, frío, ¡bastante, polar". Pero es al final del capítulo, después de haber reproducido algunos juicios del crítico francés, cuando viene el paralelo mismo de nuestro crítico chileno. Es una especie de trío, ya que interfieren los "músicos" —copiamos el término que aparece en otro párrafo— de esa gentil intrusa "consciente del papel que había desempeñado entre Apolo y Dionysos". He aquí el trozo: "Entre esos dos gigantes, dioses o semidioses, serenos, tan, olímpico, nevado, con la cumbre perdida en los cielos, y el otro, va lo tempestuoso. desmelenado, azotándose contra las rocas, la figura de la sin ... muchacha parece un genuecillo juguetón que va y viene, batiendo alas intrépidas, sin timidez ni fatiga, capaz de los más altos y más largos vuelos, siempre encantadora, viraz, vibrante". No sé si esta magnífica interpretación no valga por toda la crónica de Sainte Beuve. Tiene el dinamismo y el temperamento de la pintura, el movimiento de la música —"batiendo alas intrépidas"—, en su estilo lleno de vigor y de gracia. Imagino que los epítetos de Alone, sin hablar de sus metáforas, serviran a los futuros estudiosos de su misterio y de su arte. Ese "nevado", para el olímpico Goethe, opuesto al "tempestuoso", para el músico atormentado; esas alas "intrépidas", para la "encantadora, viraz, vibrante" Bettina, significan, reunidos, toda una condensación psicológica que nos entrega vivos, "coleando", a los tres personajes. ¡Taumaturgias de un gran estilo!

Son característicos los epítetos de Alone, y también el uso que de ellos hace y que, por novedoso ha traído el desconcierto: por ejemplo, al juzgarse ilusiva la multiplicidad de los calificativos que le propina a Latcham en su diccionario biográfico (Historia Personal de la Literatura Chilena). Y es precisamente esta multiplicidad la que le sirve para retratarlo. Veamos mejor. Cualquier crítico convencional se habría contentado con uno o dos temperamento consiste en la movilidad. Alone, después de escribir esta frase, pone dos puntos y agregando a la palabra el detalle finalísimo del experimentador —especie de "test latchamiano" que no han de repudiar los que quieren crítica científica— sale adelante con sus famosos epítetos: "es inestable, inseguro, cambiante, vadiado, ingenioso, intranquilo, repentista, desordenado, rodado, volátil, de líneas larga, con exabruptos, imágenes, chispazos, sentencias e innumerables citas, eminentemente dispersa, vivaz, ágil, movida, desasosegado, intermitente, curioso". ¿Qué le falta? Ife aquí un cuadro "puntillista" en el que cada punto es el epíteto. ¡Oialá pasáramos todos a la historia con retratos maestros como ese. Latcham debería agradecerlo. No lo empeñece, por cierto. Los caminos de Alone no son los trillados. Al don natural del artista—va señalaba en "La sombra impulcta" Domingo Melfi, su entrañable prólo— se han sumado los cuarenta años de meditaciones alrededor de la literatura, y si el genio es una larga paciencia, imaginemolo lo que ha de ser combinándose al que otorgan directamente los Dioses. A pesar de todo no se ha hecho valer mucho, ni en sólo por buen gusto, más bien por modestia —averigüese lo que acepta como remuneración de nuestro primer escritor: verdadero pago de Chile, descontando el del nunca otorgado Premio Nacional de Literatura. A fuerza de esta pódrea scritud desconocimiento de los propios méritos, una larga carrera de compulsador de valores le obliga a abrir los ojos sobre sí mismo. Pero no por vías indirectas que lo comprendemos.

Nos insinúa, por ejemplo, con palabras de Wladimir Weidlé que "come en la poesía lírica, el elemento creador —en la prosa crítica— está circunscrito a la medida del pensamiento y a la sapiente armonía del lenguaje". Y por boca de Sainte Beuve: "La crítica, tal como yo la entiendo y querría practicar-la es una invención de una creación perpetua. Lo que he querido, en la crítica, es introducir dentro de ella una especie de encanto y humor y, al mismo tiempo, mayor realidad que antes, en una palabra, poesía y, a la vez, fisiología". En "Aprender a escribir" hallamos esa poesía y ... esa fisiología. Pero en esa fisiología hemos descubierto, tras la máscara del humorista, a un ser humano tremendamente vibrante al que le "preocupa de un modo absorbente y apasionante —como a otros les interesan los hombres, las plantas, los palsajes, o viajar, mandar, tener amores numerosos y extraños— le preocupa otra cosa: los libros. Es así. Le gustan los libros".

---

1) NOTA: Subraya el que escribe.